

# LA OVEJA DESCARRIADA.

PROVERBIO EN TRES ACTOS Y EN VERSO

DE DON NARCISO SERRA.



MADRID.

IMPRENTA DE ROJAS Y COMPAÑÍA.

calle de Valverde, 16 y 18.

1865.

Es propiedad de *D. José Serra y Or-*  
*tega*, quien perseguirá ante la ley á  
quien la reimprima ó represente sin su  
permiso.

A LA EMINENTE ACTRIZ

DOÑA MATILDE DIEZ.

---

Mi querida amiga: Acepte Vd. la dedicatoria de este proverbio, que no merece que Vd. honre con su nombre la primera página, porque es muy malo, y porque el papel que Vd. desempeña en él, es muy malo también.

Sin embargo, tal y como es, se le ofrezco á Vd., esperando ser más afortunado en otra ocasión

su leal amigo,

**N. SERRA.**

**PERSONAJES.**

**ACTORES.**

CLARA . . . . .	Señora doña Matilde Diez.
GENOVEVA . . . . .	Señora doña Josefa Hijosa.
DON JUAN . . . . .	Señor don Manuel Catalina.
DON MARCELO . . . . .	Señor don Antonio Pizarroso.
DON LUIS . . . . .	Señor don Manuel Pastrana.
DON CARLOS . . . . .	Señor don Rafael Muñoz.
UN CRIADO . . . . .	

La acción pasa en Madrid, y en nuestros días.

---

---

## ACTO PRIMERO.

Sala elegante con puertas laterales. — Muebles.

### ESCENA PRIMERA.

D. CÁRLOS.

Nadie : pues señor , me alegro.

Me arrellano en un sillón ,  
y hallándome así sentado  
reflexionaré mejor.

Como si tuviera uno  
ni chispa de reflexión  
cuando uno está enamorado ,  
que enamorado estoy yo.

Si señor : tiene una cara,  
y unos ojos y una voz...

Soy poco más joven que ella,  
que tendrá... si, tendrá por  
treinta y cuatro ó treinta y cinco....

pero esa no es la cuestión ;  
la cuestión es que al mirarla  
siento.... vamos , un rubor  
y una gana de... y me latena

las alas del corazón  
tan fuerte que no respiro ;  
es fuerza que salga ¡ oh !

de esta situacion tan... ¡ah!  
 tan precaria y tan atroz.  
 No vive con su marido ,  
 no le ama , no señor ;  
 con él tiene una amistosa  
 pero al fin separacion.  
 Si yo logro interesarla...  
 sí , sí , esto es lo mejor.  
 ¿Cómo le daré esta carta ,  
 en la que mi amor pintó  
 todas las penas que siente  
 con el más vivo color ?  
 No sé cómo... Ella me trata  
 con mucha franqueza y con...  
 pero si yo no me atrevo...  
 aquí está ella ; se acabó.

## ESCENA II.

D. CÁRLOS , CLARA , GENOVEVA Y LUIS.

CLARA. Hijos , teneis tanto empeño  
 y me pintais tanto amor,  
 que yo al fin y al cabo cedo.  
 ¡Oh! pero no sabeis lo  
 que es el matrimonio.

GENOVEVA. Sí:  
 ignorándolo los dos,  
 queremos para saberlo  
 casarnos ; nada mejor.

LUIS. La deberé á usted mi vida,  
 mi felicidad.

GENOVEVA. Y yo.

CLARA. ¡Ah! ¿usted, señor don Cárlos,  
 ahí está hecho un huron ?  
 No me habian avisado.

CÁRLOS. No hay nada perdido ; soy  
 de la casa.

CLARA. Ciertamente.  
 Pero ¡qué idea! El señor

puede aconsejarnos bien  
en el asunto.

CÁRLOS.

Eso, ¡oh!  
si es asunto de despojo,  
es decir, de expropiación,  
ó de subasta, ó de embargo,  
yo soy muy conocedor...

CLARA.

No es eso; es un casamiento.

CÁRLOS.

¿Un casamiento? Por Dios,  
¿qué es lo que está usted diciendo,  
señora? Un procurador  
no hace bodas, las deshace.

LUIS.

Este negocio acabó.

GENOVEVA.

Sí: solo falta estender  
el contrato; operación  
á mi entender muy sencilla:  
que al fin y al cabo, señor,  
para él y para mi nada,  
y todo para los dos.  
Pero mamá quiere que  
se haga con todo rigor,  
en debida forma...

CÁRLOS.

Es justo  
y mamá tiene razón.  
Marido es el enemigo  
natural, y voto al sol...

CLARA.

Don Carlos...

CÁRLOS.

¡Ah! sí, me callo.  
Todas estas cosas son  
aprendidas con la práctica,  
¡oh! muchísimo mejor.  
¿Decididamente casa  
á su hija con el doctor?

CLARA.

¿Qué quiere usted que yo haga?  
Se han empeñado los dos.

GENOVEVA.

Justo es viva me consagre  
al hombre que me sacó  
de las garras de la muerte  
y...

LUIS.

¡Genoveva, por Dios!

GENOVEVA. Yo quiero que todo el mundo  
le alabe á usted, si señor.  
Cuando salí del colegio  
caí con un mal atroz;  
más aliviada, me fui  
con mi mamá á Sacedon;  
pero recaí de nuevo,  
y á no haber sido por los  
muchos cuidados de usted,  
su constancia, su teson,  
y su estremado cariño,  
cuenta hubiera dado á Dios.

CLARA. Y es hijo de nuestro amigo  
el que es administrador  
de Sacedon: yo le quiero  
como á un padre.

GENOVEVA. Pues, ¿y yó?

CÁRLOS. Pues buscaré un escribano,  
y en cuatro minutos ó  
cinco, estendido el contrato.

LUIS. Convendría que el señor  
de Ferrer...

CLARA. (*Inmutándose.*) Oh, sí, Ferrer  
nos dará su aprobacion.  
Pero su papá de usted  
llega hoy mismo...

LUIS. Si, ahora voy  
á buscarle; falta solo  
que su marido ..

CLARA. Eso nó;  
no debe ya de tardar:  
un negocio le impidió...  
Vé á la cocina, es preciso  
que tengas disposicion,  
y el mapejo de una casa... (*Váse Genoveva.*)  
Adios, señoras.

LUIS.

CLARA.

Adios.

## ESCENA III.

CÁRLOS, CLARA.

CÁRLOS. Me parece que ese jóven  
no se halla muy al corriente  
de lo que pasa.

CLARA. Ni ella  
tampoco: porque ella cree  
que él se hallaba viajando  
cuando la sacamos de ese  
colegio, en que ha pasado  
unos ocho años y meses.

CÁRLOS. Cierto; y es cosa tan dura  
decir á dos que se quieren:  
«No os caseis, el matrimonio  
es un lazo que ata fuerte;  
no os caseis.»

CLARA. El matrimonio  
es un lazo indigno, aleve,  
y aunque pida uno el divorcio,  
nunca quieren concederle.  
En un siglo ha habido uno,  
el de Napoleon; y ese,  
porque era Napoleon  
y porque hablaba muy fuerte.

CÁRLOS. Es verdad.

CLARA. Y no es lo malo  
que así amistosamente...  
¡Ay! ¿quién me lo hubiera dicho?  
El tan bueno, tan alegre  
al principio.

CÁRLOS. Si, al principio  
todos son... despues se suelen...

CLARA. Siempre mirando mi cara  
á ver qué quería, y siempre.  
Yo me dejaba querer,  
pasaron así unos meses,

y al cabo de ellos un génio...  
 como... como una serpiente.  
 Si yo le decia *aches*,  
 siempre habian de ser *erres*:  
 esa vida de tormento  
 no habia quien resistiese,  
 hasta que por fin un dia  
 le dije:—«No te molestes  
 viviendo mártir, y así...  
 tenemos lo suficiente;  
 yo en mi lado y tú en el tuyo;  
 no es separacion solemne  
 sino amistosa, por no  
 convenir los caractéres.  
 Tú con la administracion  
 sigues de todos mis bienes,  
 me das una cantidad  
 mensual.»—«Bueno, tú lo quieres,  
 agur.»—dijo;—y dió un portazo  
 tal que hizo estremecerse  
 toda la casa. De esto hace  
 un año que estoy sin verle;  
 y me va muy mal, porque  
 hoy somos siete... sí, siete,  
 y aún la mensualidad  
 no ha parecido: como este  
 caso de casar la niña  
 es tan grave, me parece  
 muy bien darle cuenta... sí,  
 es necesario que apruebe...  
 Voto á doscientas legiones  
 de demonios...

CÁRLOS.

CLARA.

CÁRLOS.

CLARA.

¿Qué sucede?  
 Si se le antoja quedarse  
 se queda aquí, porque él tiene  
 derechos...  
 ¿Tiene derechos?  
 Norabuena que se quede  
 por unos dias no más...  
 Él está muy bien de huésped,



No, no, estoy regular. (*Mirándose al espejo.*)

No es que á mi me importó, pero sería cosa fatal.

Él que me ha querido tanto....

me queria de verdad;

pero su génio y el mio

no pueden simpatizar.

¿Eh? ¿qué ruido es ese?

JUAN.

(*Dentro.*)

¡Imbécil!

Yo soy el amo.

CLARA.

Aquí está.

## ESCENA V.

CLARA, JUAN.

CLARA.

Buenos dias.

JUAN.

Buenos son,

cuando vengo estropeado...

¡Uf! tiene usted un criado...

CLARA.

Que cumple su obligacion.

JUAN.

Empeñado en pasar

siempre delante de mí

y en anunciar... como si

fuera preciso anunciar...

Repréndale.

CLARA.

Así lo haré;

aunque no es nada extraño:

lleva aquí un año, y un año

hace que no viene usted.

JUAN.

¿Y para qué era venir

diariamente como un santo?

Nos hemos dicho ya cuanto

teníamos que decir.

Yo la apesto á usted, la cargo;

me lo ha dicho usted sin pena

mil veces; enhorabuena:

esto dicho ya, me largo.

Porque el mundo no haga glosa

y juzgue sin ton ni son,

será esta separacion  
 separacion amistosa.  
 Vivo en fonda, y muy oronda  
 debe ser la suerte mia,  
 pues no pasa ningun dia  
 en que no coma de fonda.  
 Nadie tira de mi capa,  
 puedo jugar... y jugar...  
 hoy me ha mandado á llamar...  
 ¡Caramba! ¡está usted muy guapa!  
 Es favor...

CLARA.

JUAN.

Nó; qué ha de ser  
 favor. ¡Voto va un cartucho!  
 me gustaria usted mucho  
 si no fuera mi mujer.  
 Yo he venido sin ponerme  
 un traje, porque crei  
 que usted se moria, y  
 que... vamos, queria verme.  
 Pero, pues juntos los dos  
 y sanos, esto es lo cierto,  
 nos hallamos de concierto,  
 en paz y en gracia de Dios,  
 justo es de manera fija  
 sepa de una vez ahora  
 de qué se trata, señora.  
 De casar á nuestra hija.

CLARA.

JUAN.

CLARA.

¿De casarla?

Si, señor;  
 me parece que es muy justo.  
 Ella ha elejido á su gusto  
 y la consume el amor.  
 El tiempo se vá pasando  
 y un deber tras otro viene...  
 Ya diez y seis años tiene...

JUAN.

Si: tenia quince cuando...

Y ¿quién es el-elejido?

CLARA.

El hijo de don Marcelo.

JUAN.

¿De Marcelo? Vive el cielo  
 que es escelente partido.

Mucho le debo querer  
 si imita al padre, que ha sido  
 el gran tipo del marido,  
 siempre fiel á su mujer.  
 Continuamente á los otros  
 de fidelidad hablando...  
 ¡Era mucho hombre! Y cuando  
 nos queríamos nosotros,  
 ¿recuerda usted cómo daba  
 de su gozo testimonio,  
 cantando del matrimonio  
 las virtudes que ensalzaba?  
 No me acuerdo.

CLARA.

JUAN.

Pues yo sí.

Y acordarse debería,  
 ¡vaya! porque en su alegría  
 abrazaba á usted y á mí,  
 diciendo: «Venga el que quiera  
 uno á uno y tres á tres,  
 á decir si esto no es  
 felicidad verdadera.»  
 ¡Toma! y tenia razon:  
 usted me queria á mí,  
 yo la queria á usted... si,  
 con todo mi corazon.  
 Pero ese génio...

CLARA.

JUAN.

El de usted.

El de usted.

CLARA.

JUAN.

El de usted.

Exaltó

mi bilis; porque al fin yo...  
 está claro... y me marché;  
 mas, pues que se vá á casar  
 nuestra muy querida hija  
 es justo que yo transija:  
 y tengo que examinar  
 los contratos, para que  
 no haya algun *lapsus*, y luego...  
 haga una chispa de fuego.  
 Bien.—Aquí la tiene usted.

CLARA.

## ESCENA VI.

CLARA, JUAN, GENOVEVA.

GENOVEVA. ¡Papá de mi corazón!

JUAN. ¡Hija mía de mi alma!  
Otro abrazo.

GENOVEVA. Y otros ciento.

JUAN. Y cuidado si estás alta;  
has crecido cuatro dedos  
desde que me fui de casa.GENOVEVA. Pero no te marchas más,  
queda prohibida tu marcha:  
andar por esos caminos,  
abandonar á tu pátria...  
¿qué tienes que hacer allí?

JUAN. Hija mía...

GENOVEVA. Nada, nada,  
te quedas aquí: verás  
qué breve el tiempo se pasa,  
qué cuidado estás, qué bien...  
no digas que nó, ¡caramba!  
Con tu hija que te quiere  
y tu mujer que te ama,  
¿qué más puedes desear?  
Mira qué bonita, abrázala.JUAN. Con mil amores,—porque (*Bajo á Clara.*)  
no se entere.— (Y es muy guapa.)CLARA. Por nuestra hija... (Y es buen mozo.)  
Que no se entere de nada. (*Bajo á Juan.*)GENOVEVA. Así: qué contenta estoy,  
vosotros me dais la pauta  
de lo que debo hacer  
en cuanto sea casada  
y el buen ejemplo jamás  
es perdido.

CLARA. (¡Ah! si dudára...)

GENOVEVA. Porque me caso; ¿no sabes?

JUAN. Si; y es muy acertada  
eleccion.

GENOVEVA. Salvó mi vida  
cuando estaba yo tan mala...  
¡Le quiero tanto! Se explica  
tan bien y con tanta gracia...  
y él tambien me quiere mucho,  
¡oh! me quiere mucho, ¡vaya!  
no parece sino que  
son gemelas nuestras almas.

JUAN. Y es el hijo del amigo  
más antiguo de la casa.

CLARA. Y parece muy juicioso:  
no es amigo de jaranas...  
Aquí está.

### ESCENA VII.

CLARA, JUAN, GENOVEVA Y LUIS.

LUIS. Muy buenos dias.

JUAN. Acérquese usted. ¡Caramba  
lo que ha crecido! ¡Y bigotes!  
Como sin pelo de barba  
deje de verle, me admiro...  
Amigo, ¿con que esta alhaja  
le quiere á usted? ¡Qué pareja  
tan hermosa! Vaya, vaya,  
si estoy contento. ¿Y papá?

LUIS. Ahora de llegar acaba  
y está arreglándose un poco,  
porque el polvo de la marcha...  
para presentarse á ustedes  
decentemente.

JUAN. ¡No falta  
otra cosa! Vaya usted,  
vaya á traerle en volandas,  
esté como esté, no importa.

- CLARA. Entre amigos, escusadas  
son las ceremonias.
- LUIS. Voy  
con permiso. (Váse.)
- CLARA. ¿Nada falta  
para el almuerzo?
- GENOVEVA. La ropa,  
la ropa adamascada.  
Tú tienes la llave.
- CLARA. Ten. (Dándosela.)  
¡Qué cabeza tengo! Sácala,  
y el mantel grande.
- GENOVEVA. Corriente. (Váse.)
- JUAN. (Es muy mujer de su casa.)

## ESCENA VIII.

CLARA, JUAN.

- JUAN. Y ahora, pues estamos solos,  
es muy justo que la dé  
la cantidad que la debo;  
dos mil reales cada mes.  
No me ha sido posible (sacando una cartera)  
entregarlo antes, porque  
tuve que realizar fondos,  
y esas cosas... Cuente usted.
- CLARA. ¿Para qué? Está bien contado.
- JUAN. Nó, nó, hija mia.
- CLARA. Está bien.  
¡Ah! ¿Qué tiene esa cartera?  
¿un retrato de mujer?
- JUAN. El de usted. Sin saber cómo  
esta mañana le hallé...  
y lo metí en el bolsillo.
- CLARA. Yo quiero que usted me dé  
ese retrato; es muy mio.
- JUAN. Eso nó, por San Miguel;  
es mio, yo lo he comprado;  
fui por él al almacén...

- CLARA. Si; pero el retrato es mio.
- JUAN. Ya; pero es mio, porque...
- CLARA. Yo no quiero verme asi;  
tal vez tirada, y tal vez...  
Démelo usted.
- JUAN. Nó, señora;  
me encuentro muy bien con él.  
Si fuera de alguna, vamos...  
si fuera de alguna, pues...  
no digo que no lo diera;  
pero es muy distinto ser...
- CLARA. Pues yo no quiero que teaga  
mi retrato.
- JUAN. En otra vez  
usted me le dió diciendo:  
«Nunca te separes de él.»
- CLARA. Aquel tiempo ya pasó.
- JUAN. ¡Ya!
- CLARA. Ya es otro tiempo.
- JUAN. ¡Pues!
- CLARA. Démelo usted; quiero hacerle  
mil pedazos; quiero que...
- JUAN. No señora; pobrecillo.  
¡Oh! ¡Vaya; y está muy bien;  
muy parecido; está hablando  
¡Qué bien está usted en papel!  
Sin ese génio de sierpe  
que confunda Dios, amén.
- CLARA. ¿Sierpe? Usted es el serpenton,  
y la tigre hircana, y el...  
Démelo usted; no consiento  
que esté más en su poder.  
Démelo usted; quiero hacerle  
mil pedazos; quiero hacer...  
¡Oh! Nó, señora.
- JUAN. Aunque sea  
á la fuerza, voy por él.
- CLARA. ¡Anda! Ya se ha caído al suelo. (*Se arrodilla  
para cojerle.*)

## ESCENA IX.

CLARA, JUAN, D. MARCELO.

MARCELO.

Bien;

así me gusta: un marido  
á los pies de su mujer.

JUAN.

¡Marcelo!

MARCELO.

Marcelo. El mismo  
que viste, y que calza, y que...  
¡Qué buen mozo estás, caramba!  
Y usted también está bien.  
Representa veinte y cuatro,  
aunque tiene treinta y seis.  
Treinta y cinco.

CLARA.

MARCELO.

Treinta y cinco;

es claro: usted nació el...

¿Conque casan nuestros hijos?

¡Jesús! ¡Vaya, vaya! ¿Quién

me lo había de decir

el día en que figuré

como testigo de vuestra

boda? Me acuerdo que fué

una boda por amor.

Su papá el brigadier

se oponía, porque el novio

no contaba veinte y tres;

y usted empeñada en ello.

¡Y vaya si salió bien!

Al cabo de diez y siete

años, me los encontré

en la posición patética,

arrodillado á sus pies...

¿Qué la pedías, bribón?

Si es que se puede saber;

que en el matrimonio hay cosas

reservadas, y no es

justo, ni por soñacion,

el decirselas á quien...

¡Qué felices sois vosotros!  
 Yo, pobre de mí, enviudé,  
 y no tengo más consuelo  
 que llorar á mi mujer.  
 ¡Pobrecita! Se murió  
 el año cincuenta y tres  
 de un atracon de pimientos.  
 ¡Si se comió diez y seis!  
 ¡Ay pobrecita! Y ahora,  
 como no tengo que hacer...  
 como me encuentro cesante,  
 ¿tú no sabes? renuncie,  
 y he pedido que me dejen  
 nombrar sucesor; porque  
 yo me acordaba de ti,  
 y me dije: «Para él  
 que está del mundo cansado,  
 esto le vendrá muy bien.»  
 ¡Oh! sí.

JUAN.

MARCELO.

Sacedon no es mundo  
 ni tiene nada que ver...  
 Tengo sesenta mil reales  
 de renta, con que aunque dé  
 treinta á mi hijo, quedan treinta,  
 y puedo vivir muy bien...  
 A descansar, que soy viejo:  
 por eso me retiré...  
 pero la administracion  
 será tuya de esta vez.  
 Yo se lo diré al ministro,  
 y estoy seguro que él...  
 Mira lo que es; y por poco  
 no la lleva un don Andrés...  
 Me le recomendó el jefe  
 político, y ya se vé...  
 pero afortunadamente  
 supe que era un cascabel,  
 un calavera, un mal hombre,  
 lleno de vicios y de  
 malas costumbres; en fin,

no vive con su mujer.

Calcula cómo será.

JUAN.

Yo creo que eso no es...

MARCELO.

Eso es un crimen atroz,  
eso es una avilantez,  
un mal marido, es un mal  
ciudadano, y puede ser  
capáz de todo lo malo;  
aunque fuera á mi primer  
amigo le retirára  
mi cariño como él...  
ni consintiera que mi hijo  
emparentase con quien  
rompe por su gusto un vínculo  
que no se puede romper.

JUAN.

(¡Ah!)

CLARA.

(¡Ah! ¡Pobre Genoveva!)

MARCELO.

Si; por eso me alegré  
muchísimo de esta boda.  
¡Qué demontre! Con el buen  
ejemplo que dáis vosotros  
muy felices han de ser.  
¡Vaya! es el matrimonio  
una institucion tan... pues...  
yo con mi difunta, amigo,  
¡qué buenos ratos pasé!  
Era lo más cariñosa...  
aficionada á comer  
con algo de esceso; pero  
comía con un aquel...  
Cuando ella tenia gana,  
yo la tenia tambien.  
Era el ejemplo, el ejemplo  
el que me animaba y el...  
mas no quiero entristecerme  
pensando en eso, porque...  
¿Qué hay de nuevo por Madrid?  
Vosotros me enseñareis...  
me llevareis á los Campos  
Eliseos, donde hay café,

y teatro, y plaza de toros,  
y lagunas que correr,  
y fonda y montaña rusa  
y cisnes y monos: pues,  
yo lo leí en periódico  
y dije: «La primer vez  
que vaya á Madrid, me marcho  
á los Eliseos á ver...»

Yo me quedo aquí: supongo  
que de nada estorbaré.  
En cualquier cuarto, en cualquiera  
yo mé he de encontrar muy bien:  
con tal de estar siempre juntos,  
de contemplaros y de  
ver vuestra unidad.

JUAN. ¡Oh! mucho:

¿verdad, vida mia?

CLARA. (¡Eh!

vida mia! Ya... sí, por  
que no se entere.) ¡Mi bien!  
cuánto te amo. (Y es buen mozo.)  
(Vaya, tiene muy buen ver.)

JUAN.

MARCELO.

Así: así, siempre unidos.  
Vosotros si que sois el  
tipo del buen matrimonio,  
cuando hay tantos otros que...

JUAN.

¡Oh! nosotros...

CLARA.

¡Oh! nosotros...

JUAN.

(Yo no sé qué responder.)

MARCELO.

¿Y cómo no teneis más  
familia?

JUAN.

Porque... porque...  
porque no tenemos.

MARCELO.

Ya.

JUAN.

Porque no tenemos.

MARCELO.

Pues.

¡Como yo he tenido tantos!  
toma: he tenido seis,  
y aun me parecían pocos:  
y á no morir mi mujer...

verdad es que ella tenía  
buen temperamento y buen...  
Una hija sola y se casa;  
pero no desesperéis,  
sois jóvenes todavía  
y puede...

JUAN.

Sí: puede ser...

### ESCENA X.

CLARA, JUAN, MARCELO Y LUIS.

LUIS.

¡Uff! de correr estoy harto.  
Está usted servido: traje  
ahí todo su equipaje  
y lo he metido en un cuarto...  
esta caja... (*Dándole una caja.*)

MARCELO.

Venga acá.

Eres mozo de provecho:  
si acaso no se ha deshecho,  
de postre nos servirá.

JUAN.

¿Y qué es eso?

MARCELO.

Estas son,

ya verás, están rellenas...  
unas rosquillas muy buenas  
que se hacen en Sacedon.  
Pero ¿y mi nuera? Por Cristo,  
¿dónde está la nuera mía?  
No la he visto todavía  
y siento no haberla visto:  
la quiero mucho, aunque ha  
de hacerme abuelo, porque  
mi hijo es mi hijo, y yo sé  
que al fin y al cabo...

### ESCENA XI.

CLARA, JUAN, MARCELO, LUIS Y GENOVEVA.

GENOVEVA.

Ya está  
el almuerzo, don Marcelo...

MARCELO. ¡Hija! Mi dicha es completa. (*Abrazándoles.*)  
 Aprieta, hija mia, aprieta.  
 Boquita de caramelo.  
 ¡Anda! y qué crecida y qué  
 no me imaginaba yo  
 que tú estarias... ¡Oh!  
 es muy parecida á usted.

A ver, anda un poco á ver;  
 así; derecha, derecha...  
 no cabe duda, estás hecha  
 una arrogante mujer.

¡Y cuántas cosas que dices  
 tan solo con el mirar!

¡qué nietos me vas á dar!

Hija, no te ruborices;

en esto no hay ningun mal:

casarse, natural es;

y tener hijos después,

no hay nada más natural.

¿Vamos á almorzar?

CLARA.

MARCELO.

Si, vamos.

Dáale el brazo á tu mujer: (*A Juan.*)

así, así os quiero ver;

siempre juntitos, ¿estamos?

Tú imita su ejemplo, y (*A Genoveva.*)

como un apoyo seguro

tomas el de tu futuro.

Bien, así me gusta, así:

así me gusta, muy bien.

Con la gracia del Señor

vamos hácia el comedor;

que Dios os bendiga, amen.

---

---

## ACTO SEGUNDO.

---

La misma decoracion.

### ESCENA PRIMERA.

JUAN.

¡Uf! no puedo más. ¡Qué esfuerzo  
me ha costado contenerme!  
Esto vá á hacer que yo enferme...  
¡Qué almuerzo, gran Dios, qué almuerzo!  
¡Habré tenido que ver,  
yo que me estaba muriendo  
de puro berrinche, haciendo  
finezas á mi mujer!  
Yo no estaba de ese humor,  
pero don Marcelo quiso...  
Y sabia bien el guiso  
casero; bien, si señor.  
Come uno, y no se embaraza  
con esa inquietud tan honda...  
más que en la fonda; en la fonda,  
allí á fuerza de mostaza...  
Y es cara: yo pago treinta  
reales por estar allí  
sin nada de ropa, y  
nunca me sale la cuenta.

¡Toma! y que nada dá abasto  
 á mi romper; y la hucha...  
 Estando soltero, es mucha  
 la ropa blanca que gasto.  
 No gastaba la mitad  
 estando casado, á fé:  
 pero soy libre... y ¿de qué  
 me sirve la libertad?  
 Yo no digo necesidades  
 á las hembras por ahí...  
 en fin, yo soy libre y  
 no me tomo libertades.  
 El deseo no me abrasa  
 de ir á buscar la mujer:  
 no comprendo ese placer.  
 Cuando la tiene uno en casa,  
 bien; pero ir las á buscar,  
 y hacerlas la corte, y  
 hacer el oso... y á mí  
 que no me gusta el andar...  
 Tengo echado mi quinquenio,  
 tengo mi quinquenio echado:  
 yo nací para casado,  
 mucho; pero tiene un génio ..  
 ¡Génio, génio! Tambien yo  
 tengo génio... por acá:  
 y ella está muy guapa... ¡ah!  
 pero tiene un génio .. ¡oh!  
 Muy guapa: tiene una tez  
 tan fresca y unos extremos  
 tan bonitos.. ¿Apostemos  
 que me enamoro otra vez?

*(Sale un criado con servicio de café y lo coloca sobre un mueble.)*

¡Calla! ¿qué es esto? ¿El café  
 ha de ser aqui servido?  
 Me pesa lo que he comido  
 y me viene bien, porque...  
 Aqui están: esto es cruel;  
 finjo y me muero de tédio...

En fin, no hay otro remedio;  
prosigamos mi papel.

## ESCENA II.

JUAN, CLARA, D. MARCELO, GENOVEVA Y LUIS.

- JUAN.           ¿Aquí estais ya?  
MARCELO.           Si: sentémonos.  
                  Para tomar buen café  
                  no hay como hacerle uno en casa:  
                  es mucho mejor que el...  
                  Echan dos mil porquerias:  
                  aquí se sabe y se vé  
                  que es solo moka, y ¡qué moka!  
                  ¡Caramba, sabe muy bien!  
GENOVEVA.       Toma azúcar. (*Poniendo á Luis.*)  
LUIS.               Si ya está  
                  muy dulce.  
GENOVEVA.       Bueno, que esté;  
                  por mucho azúcar no es malo;  
                  todo lo contrario, es...  
LUIS.               ¡Bendita mano! (*Besándosela.*)  
GENOVEVA.       Quietito:  
                  mira que lo pueden ver.  
LUIS.               ¿No eres mi esposa?  
GENOVEVA.       Si; pero  
                  áun no lo soy, y ya ves...  
MARCELO.       Y está uno perfectamente  
                  al lado de su mujer,  
                  diciéndola... ¿Qué la dices?  
JUAN.               Yo nada: la digo que...  
                  que hay que comprar muchas cosas  
                  y para eso es menester...  
                  Y no te lledes dinero,  
                  llévate todo el papel;  
                  asi se cambia, y se escusa  
                  uno de ir al Banco y de...

CLARA. Bien.

LUIS. ¿Y vá usted á salir sola? Yo acompañaré...

CLARA. Gracias.

MARCELO. Por supuesto. ¿Y tú? (A Juan.)

JUAN. ¿Eh? ¿cómo? ¿yo?

MARCELO. Tú también.

JUAN. (Si sabe todo Madrid que estoy separado y que...

¡Maldito! Buena rechifla voy á llevar si me ven.)

MARCELO. ¿Qué tienes?

JUAN. No tengo nada.

Es que la alegría... y... pues...

MARCELO. Justamente: así será á

gusto de ambos el *glacé*.

Y nadie la dirá cosas

por la calle, porque en

yendo con dos hombres... digo

que por el bien parecer...

Dáme mi sombrero.

CLARA.

GENOVEVA.

Toma. (Dándosele.)

CLARA.

Y también mi abrigo.

GENOVEVA.

Ten.

MARCELO.

Tú la das el brazo.

JUAN.

¿Así?

MARCELO.

Así mismito, eso es.

Y en paz y en gracia de Dios

os marchais al almacén.

(Estoy divertido.) ¿Vamos?

JUAN.

CLARA.

Cuando tú quieras.

MARCELO.

Muy bien

Así, así, siempre juntitos.

¿Qué tienes?

JUAN.

¿Yo? La... la... hiel...

(Ojalá que cieguen todos

los que transiten, porque...)

Adios, bien mio.

LUIS.

GENOVEVA.

Hasta luego.

MARCELO.

Que ustedes lo pasen bien.

## ESCENA III.

MARCELO, GENOVEVA.

MARCELO. Ea, ya están embarcados  
á las tiendas: no dirás  
que no me tomo interés  
cuando te vas á casar.

GENOVEVA. Ciertamente: usted es muy bueno,  
lo más complaciente y más...  
le juro á usted que este enlace  
hace mi felicidad.

Porque Luis es tan amable,  
tan cumplido, tan galan...  
y ocurrente; si se burla,  
á veces tiene una sal...

Yo le quiero mucho, mucho;  
y él me quiere á mí: jamás  
encontramos diferencia  
en el modo de pensar;  
y siendo así de casados,  
es una felicidad.

Pero yo soy loca: usted  
necesita descansar.

Aquel es su cuarto. *(A la izquierda.)*

MARCELO.

Bueno:

y muy bien que me vendrá;  
porque hasta Guadalajara  
que tuve que cabalgar...  
y luego el ferro-carril  
que me ha traído hasta acá...  
Estoy muy cansado y muy...  
no sé si será la edad.

GENOVEVA.

Pues le dejo á usted solito:  
y nada, nada, á roncar  
y cuando sea la hora  
de comer, se avisará.

MARCELO.

Muy bien. Adios, hija mia.

¡Caramba, qué guapa está!  
 si mi hijo no fuera mi hijo,  
 le tendría por rival.

#### ESCENA IV.

MARCELO.

Pues señor, perfectamente,  
 mi hijo se casa con ella;  
 y es muy amable y muy bella,  
 y sobre todo inocente.  
 A él el amor no le deja  
 y á ella la aguja el deseo...  
 con que casandolos... creo  
 que harán muy buena pareja.

(*Entra un criado con un necessaire que coloca sobre una consola.*)

¡Eh! ¿qué es eso?

CRiado.

Un *necessaire*

que han traído á la señora:  
 aquí lo han dejado ahora. (*Vase.*)

MARCELO.

¿Y qué es eso? á ver, á ver.  
 Esta lámina retrata (*Mirando las piezas.*)  
 una escena de los godos...  
 es un *necessaire*, con todos  
 los chirimbolos de plata.

Y un papel... la cuenta: ya (*Sacándola del necessaire.*)  
 que le ha enviado el comerciante, cessaire.)  
 querrá la cuenta al instante.

Veamos qué costará.

Aunque su valor aumenta  
 de plata el extraordinario...

«Yo la amo á usted.» ¡Eh! canario,  
 pues esta ya es otra cuenta.

»Ameme usted y verá

»lo que es un hombre.» Ya, sí.

«Si se fia usted de mí,

»juro no la pesará.

»Y no tenga usted ningun  
 »reparo.» ¡Vaya un reparo!  
 «Diga usted que me ama, claro:  
 »Su esposo de usted es un...»  
 ¡Pobre Juan! Pues esto es grave.  
 Y él que está tan confiado,  
 sigue tan enamorado.  
 ¡Toma! como nada sabe...  
 pero lo debe saber:  
 aunque le ponga en un potro,  
 no consentiré que otro  
 le camele su mujer.  
 Yo le avisaré, á fé mia,  
 y lo haré como lo digo...  
 Este será algun amigo,  
 amigo de los del dia.  
 Un amigo... y se la pega  
 sin migaja de aprension...  
 «Esta es mi declaracion  
 primera.—Cárlos Ortega.»  
 Enhorabuena; esta es  
 la vez primera y no ha...  
 ¡Pobrecillo! ahora estará  
 mirando medir barés,  
 y sin sospechar siquiera  
 que su amigo... que su amigo...  
 ¡Qué diablo, yo se lo digo,  
 salga el sol por Antequera!

## ESCENA V.

JUAN, CLARA, MARCELO.

JUAN. ¡Uf! ¡qué modo de llover!  
 ¡Caramba!

MARCELO. ¿Qué?

JUAN. Está cayendo  
 de una manera que ya;  
 pero un chaparron tremendo.

- MARCELO. Y es verdad. (*Mirando por el balcon.*)
- JUAN. ¿Que si lo es,  
y me he puesto como nuevo?
- CLARA. Pues yo por tapar la compra,  
como descubria el cuerpo...  
nos fuimos al almacen  
de ahí al lado: regateo,  
compro este vestido, y no  
bien salimos, cuando el cielo  
parece que se desgaja;  
volvemos aquí corriendo  
arrimados á la tapia  
mucho, y con todo y con eso...  
¿En dónde está Genoveva?
- MARCELO. Creo que está por adentro.
- CLARA. Voy á enseñarla el vestido:  
tiene un gusto tan nuevo;  
mire usted. ¡Oh! y es muy ancho:  
veinte varas corte. Creo  
que le gustará.
- MARCELO. Sí, sí.  
Tengo que hablarte en secreto. (*Aparte á Juan.*)  
¿Y mi hijo?
- JUAN. Buscando un coche  
anda, que bebe los vientos.  
Pero hallarle es lo difícil:  
y aunque le encuentre, ya hemos  
llegado aquí.
- CLARA. Pues yo voy  
á enseñar...
- MARCELO. Sí, sí, corriendo.  
Quédate, tengo que hablarte. (*Aparte á Juan.*)  
¿Que hablarme á mí?
- CLARA. Hasta luego.

## ESCENA VI.

JUAN, MARCELO.

JUAN. Ea pues, ya estamos solos:  
desembucha de ese pecho  
lo que quieras, y la causa  
dime de que estés tan sério.

MARCELO. Hay motivos.

JUAN. ¿Hay motivos?

Motivos que no comprendo.

MARCELO. ¿Qué amigos tienes?

JUAN. ¿Amigos?

Lo que es amigos, no tengo  
ninguno: uno que tenia  
vino á pedirme dinero  
prestado, y es mi deudor,  
no mi amigo.

MARCELO. Ya lo entiendo.

Pero D. Cárlos Ortega...

JUAN. No conozco á ese sugeto.

MARCELO. ¿Quieres mucho á tu mujer?

JUAN. ¡Qué pregunta! Si la quiero:  
muchísimo, mucho, mucho...

MARCELO. ¿Y estás seguro de?...

JUAN. ¡Cuerno!

A ver, baraja redondo:  
háblame claro, no entiendo...

MARCELO. Nada: hay moros en la costa.

JUAN. ¿Moros?

MARCELO. O cristianos viejos,  
que quieren... en fin, que quieren...  
ya debes tú suponerlo.

JUAN. ¡Y la infame me lo calla!

MARCELO. Está ignorante de ello.  
Estando aquí, hace muy poco  
un *necessary* la trajeron  
y en él una carta.

JUAN. ¡Ah!

MARCELO. Toma (*Dándosela.*)

y sé muy prudente: en estos  
 casos, la prudencia es  
 casi el único remedio.  
 Ahí verás; ella no sabe  
 nada; es el primer esfuerzo  
 que hace para declararse  
 ese hombre. ¡Hombre perverso!  
 Desunir un matrimonio  
 tan unido... Hasta luego.  
 Voy con ellas, no sospechen  
 que estamos los dos de acuerdo.

## ESCENA VII.

JUAN.

Pues señor, con esta carta  
 yo debo ganar el juego.  
 «Moros en la costa,» dijo,  
 ¡Mal hayan los sarracenos!  
 ¡Una carta á mi mujer!  
 No habia yo dado en eso...  
 Si, mi mujer es muy guapa  
 y puede inspirar deseos.....  
 Leamos. «Yo la amo á usted.»  
 Y se vá al bulto derecho.  
 «Su esposo de usted es un...»  
 ¿Qué seré yo? ¡Santo cielo!  
 «Esta es mi declaracion  
 primera.» Yo lo celebro.  
 «Carlos Ortega.» Este mozo  
 tiene un descaro estupendo.  
 No se contenta con poco;  
 á ella la dice requiebros  
 y á mí... puntos suspensivos.  
 ¿Y qué puntos serán estos?  
 Yo soy un imbécil, si,  
 porque abandonada tengo  
 una mujer, ¡qué mujer!  
 con unos ojos y un pelo..

Está muy bonita, mucho,  
mucho; pero tiene un génio...  
tiene un génio... y yo tambien  
la verdad es que no puedo  
contenerme, y en soltando  
la palabra, ya hay que hacerlo,  
aunque sea lo que digo  
un disparate estupendo.

¿Quién será Cárlos Ortega?

¿Algun pollo maquiavélico  
ó algun gallo sapientísimo?

Sí, lo más seguro es eso.

Un pollo no miraría  
nada á la mamá, teniendo  
aquí á mi hija Genoveva,  
que es una perla, un lucero.

«Su esposo de usted es un...»

Bien puede ser un... camello  
que la tiene abandonada  
y se anda por ahí haciendo  
vida de soltero, pues;  
digo, vida de soltero,  
menos las conquistas: yo...

yo no conquisto ni anhelo...

¡Cárlos Ortega! ¿Quién es  
ese Cárlos? ¡Oh! yo quiero  
conocerle, confundirle,  
estrujarle como á esto.

(*Arrugando la carta entra D. Cárlos.*)

¿Quién es? ¡Ah! algun amigo  
de mi mujer. Estoy bello  
para recibir visitas,  
y estoy echando veneno.

## ESCENA VIII.

JUAN, CÁRLOS.

CÁRLOS.

(Ya debe haber recibido  
mi carta: vamos á ver

qué contesta esta mujer  
á mi amoroso cumplido.  
¡Calla! Ahí está un importuno:  
su visita me hace daño,  
que delante de un estraño  
no puede esplicarse uno...)

JUAN. (La política maldita  
me obliga...) Siéntese usted.

CÁRLOS. Mil gracias. Me sentaré.

JUAN. Con confianza.

CÁRLOS. (Y me invita.

¡Caramba! Pero, señor,  
¿dónde andará la señora?)

JUAN. Hace mucho frio ahora.

CÁRLOS. Es cierto: no hace calor.  
(Buena noticia; y está  
helando.) Mas la señora  
de la casa...

JUAN. Anda ahora  
ocupada; ya saldrá.

CÁRLOS. Pues no es justo, no señor,  
que deje el quehacer por mí:  
yo soy de la casa.

JUAN. ¿Si?

CÁRLOS. ¡Vaya! su procurador.

JUAN. (¿Qué necesidad tenia  
ella de procuradores?  
Y digo, que estos señores  
con su procuraduria...)  
Hombre, á mí no se me alcanza  
cómo á verle no salió  
en anunciándole...

CÁRLOS. ¡Oh!

me trata con confianza.  
Y ahora andará por ahí...  
Y eso bien claro se esplica,  
porque se casa la chica.  
¿No lo sabe usted?

JUAN. Yo... Sí.

CÁRLOS. Y se casa y hace mal:

yo estoy con hombres sesudos  
que es el peor de los nudos  
el nudo matrimonial.

Sujetar la voluntad  
á otra voluntad más fuerte...  
ese es un yugo de muerte.

Y perder su libertad,  
estar metida en su nido,  
ese es todo su recreo;  
y no salir á paseo  
si no sale su marido,  
y si el marido se escama  
jurar por cien Crucifijos...

Criarlos, si tiene hijos,  
y si no sufrir al ama;  
y renunciar desde luego  
de divertirse al afán,  
pelar la pava con Juan,  
bailar la polka con Diego,  
no ir á bailes si él no vá.  
No tiene, en fin, la mujer,  
de casada otro placer  
sino estar donde él está.

Y esto estando bueno; pero  
si está enfermo, en tal estado  
hay que enmendar de casado  
travesuras de soltero.

Vamos, yo no tengo calma  
para tanto padecer,  
y si yo fuera mujer  
me enterrarían con palma.

JUAN.

Pero eso es exagerar  
las cosas, y no convengo...  
francamente, yo no tengo  
ese modo de pensar.

La mujer no puede ser  
ni médico, ni togado,  
ni militar, ni abogado,  
porque ha nacido mujer.

Y la sociedad entera

se burla si se propasa...  
 ¿Qué hace la mujer? Se casa  
 y concluye su carrera.  
 Si es amable, cariñosa,  
 y se hace querer despues  
 de su marido, si es,  
 en fin, una buena esposa,  
 trae la felicidad,  
 y con tan dulce cosecha,  
 créame usted, no se echa  
 de ménos la libertad.  
 Sin la mujer no hay placer  
 y yo bendigo sus nombres;  
 no es que aborrezca á los hombres,  
 pero adoro á la mujer.

CÁRLOS.  
 A mí tambien me enajena  
 el no encontrármela adusta...  
 Si á mí la mujer me gusta...  
 si la mujer es muy buena.  
 Si soy tan afortunado  
 que se distrae un esposo ..  
 yo no soy meticoloso.

JUAN.  
 ¡Pues me gusta el desenfado!  
 Eso es inmoral.

CÁRLOS.  
 Si tal;  
 pero aunque yo así me esplico,  
 soy un escelente chico,  
 por mas que sea inmoral.  
 ¿Usted es casado?

JUAN.  
 ¿Yo?

Sí, señor.

CÁRLOS.  
 Pues me arrepiento  
 de haber hecho un argumento ..  
 tan... en fin puede que no...  
 Hay peligros, mas cortarlos  
 es forzoso, y si el que juega...  
 á fé de Carlos Ortega...

JUAN.  
 ¿Cómo? ¿Usté es Ortega? ¿Carlos?

CÁRLOS.  
 Sí, señor: yo soy... Yo mismo.  
 Pero ¿á qué tanto interés

- en que yo sea?
- JUAN. (Él es,  
voy á romperle el bautismo )  
¿Piensa usted, cara de mono...
- CÁRLOS. ¿Eh? ¿cara de mono? ¿qué?  
¿qué dice usted?
- JUAN. No lo sé:  
me enfado, y no perdono.  
¿Piensa usted que yo estaré  
mamándome siempre el dedo?  
¿piensa usted que yo no puedo?...
- CÁRLOS. Y ¿qué me importa de usted?
- JUAN. ¿Con que usted hace la corte  
aquí á una mujer casada?  
¿Y no le importa á usted nada?  
Pues yo le haré que le importe.  
D.<sup>a</sup> Clara...
- CÁRLOS. (Ha conocido  
la pretension que aquí traigo.  
¿Quién podrá ser? ¡Ah! ya caigo:  
un amigo del marido.  
Me conviene indisponerle.)  
¿Conoce usted á su esposo?  
¿Y usted?
- JUAN. Mucho. Es peligroso  
solamente conocerle.
- CÁRLOS. ¡Voto á tall...
- JUAN. Es un señor  
que causa muchos perjuicios,  
una sentina de vicios...  
libertino, jugador;  
y sobre el tapete verde  
echa el albur... el canalla:  
gana porque siempre talla;  
el que apunta siempre pierde.
- JUAN. Mas no para hacerse rico,  
ni tanto como parece:  
en todo este año trece...  
trece mil reales y pico.
- CÁRLOS. Mucho sabe usted.

- JUAN. Yo sé  
bien las cuentas, porque al fin...  
Y usted es un galopin.
- CÁRLOS. Yo ¿por qué?
- JUAN. Porque... porque...  
porque es usted el emblema  
del descaro, y no se pára...  
y porque mirando á Clara  
usted quiere ser la yema.  
Pero eso es una entruchada  
infernál, y yo me atrevo...  
yo estoy aquí, rompo el huevo,  
y ya ni hay yema ni hay nada.  
Esta carta... (*Enseñándosela.*)
- CÁRLOS. ¿Cómo, cómo?
- JUAN. Es de usted; pero Dios quiso...
- CÁRLOS. ¿Quién le ha dado á usted permiso?...
- JUAN. ¿Cómo quién? Yo me le tomo.  
Esta carta abierta está,  
yo la he visto, y la he cojido,  
porque yo soy el marido,  
yo soy el marido.
- CÁRLOS. ¡Ah!
- Yo me abismo.
- JUAN. ¿Usted se abisma?
- ¡Ah grandísimo galopo!  
Yo soy el marido, y copo,  
y le rompo á usted lá crisma.
- CÁRLOS. Perdone usted; este paso  
es culpable, caballero.  
Yo soy responsable... pero  
como usted no hacia caso...  
yo dije: «Vamos allá,  
es terreno conocido;  
cuando la deja el marido  
alguna maca tendrá.»
- JUAN. Y bien; ¿y qué? ¿y qué saca  
de todo eso en su favor?  
¡Una macal No señor,  
no tiene ninguna maca.

Y yo ya no tengo calma  
para sufrir...

CÁRLOS. Caballero,  
¿qué quiere usted?

JUAN. Lo que quiero,  
es romperle á usted el alma.  
Vamos pronto, que aquí estamos  
de más, y en otro terreno  
le diré á usted lo que es bueno.

CÁRLOS. Pero escuche usted, yo...

JUAN. Vamos.

## ESCENA IX.

JUAN, MARCELO, CÁRLOS.

MARCELO. ¿Dónde van ustedes tan  
sofocados? ¡Voto á brios!

JUAN. Ese es D. Carlos Ortega.

MARCELO. ¿Cómo? ¿El señor, el señor  
es Ortega, es D. Carlos?  
El pícaro que escribió...

CÁRLOS. (Pues señor, no he visto autógrafa  
que sea más corredor.)

MARCELO. ¿Con qué es usted? ¿es usted?  
¿Es usted el señor don  
Carlos Ortega?

CÁRLOS. Yo... Sí.

MARCELO. ¿Cómo tiene usted valor  
para venir á esta casa,  
profanar esta mansion  
con sus proyectos?

CÁRLOS. Yo vengo...  
yo vengo aquí porque soy...  
porque yo soy...

MARCELO. Un infame;  
un infame, si señor.  
Atreverse á escribir cartas  
declarando su pasion

á una mujer que es casada  
 con un marido tan... ¡Oh!  
 aseguro á usted que eso  
 no tiene perdon de Dios.  
 ¿Y tú querias batirte  
 con él? ¿Eh? No, no, señor;  
 no merece tal contrario  
 un hombre que es tan atroz,  
 tan cobarde.

CÁRLOS.

¿Yo cobarde?

¡Ah! como no fuera por  
 el respeto de esas canas,  
 le probaria que yo...

MARCELO.

¿Qué me probaria usted,  
 que es usted un tirador  
 de sable ó de florete?

Pero yo tengo razon:  
 es cobarde, muy cobarde  
 andar haciendo el moscon  
 á una mujer, á escondidas  
 de su marido. ¡Qué horror!  
 El amante está á las sobras  
 de lo que el otro dejó.

Pues qué, ¿se le oculta á usted  
 por ventura, que ellos son  
 marido y mujer? No tal:  
 hay que emplear la ficcion;  
 y cada cariçia suya

es para usted un torcedor.

Y los celos... y los celos  
 son un tormento feroz.

Y luego el remordimiento...

no me diga usted que nó:  
 como que usted no obra bien,  
 tiene siempre un escozor...

y aun si hubiera usted escojido  
 otra cosa, ¡anda con Dios!

pero ir á un matrimonio  
 tan unido, que... que son  
 Abelardo y Eloisa.

- CÁRLOS. ¿Qué, qué dice usted?  
 JUAN. (Adiós,  
 vá á descubrirse...) Marchemos.  
 CÁRLOS. ¿Abelardo?... No, señor;  
 pues si el señor vive solo  
 en la fonda de la Union.  
 MARCELO. ¿Sin su mujer?  
 CÁRLOS. Justo: sin  
 su mujer. Por eso yo...  
 MARCELO. ¿Con que usted es un libertino  
 y tú eres un bribon?  
 JUAN. Escúchame.  
 MARCELO. ¡Santo cielo!  
 ¿dónde me he metido yo?  
 ¿Yo que os creia el *non plus*  
 de la paz y del amor,  
 salimos con que uno está  
 en Pekin y otro en Tolon?

## ESCENA X.

JUAN, MARCELO, CÁRLOS, GENOVEVA.

- GENOVEVA. Papá, ¡ah! (*Deteniéndose en el foro.*)  
 MARCELO. Eso es muy fuerte;  
 eso es un crimen atroz:  
 abandonar su mujer...  
 JUAN. Pero escúchame; yo no...  
 MARCELO. Y engañarme como á un chino,  
 fingiendo tanta pasion  
 y finezas en la mesa,  
 y finezas en el... ¡Oh!  
 ¡Cómo me engañaban! Claro;  
 puestos de acuerdo los dos...  
 Pero ya que el desengaño  
 tan oportuno llegó,  
 ni hay boda ni soy amigo.

- GENOVEVA. ¡Ah!
- MARCELO. No hay boda, no señor.
- GENOVEVA. ¡Cielos, yo muero! (*Desmayándose.*)
- JUAN. ¡Hija mia!
- Oyó la conversacion.
- ¡Se ha desmayado!... ¡Socorro!...
- Vaya á buscar un doctor.
- MARCELO. Búsquele el diablo.
- JUAN. No vuelve.

### ESCENA XI.

JUAN, MARCELO, CLARA, GENOVEVA Y CÁRLOS.

- CLARA. ¿Qué es esto, qué desazon?...  
¡Hija mia!
- JUAN. Desmayada por mi culpa; ¡Voto á brios!
- MARCELO. Usted tambien me engañaba,  
tambien era del *complot*;  
pero ya sé yo que vive  
usted en separacion,  
sin respeto á la moral  
y á los... pues, y á las... y á los...

### ESCENA XII.

JUAN, MARCELO, CLARA, CÁRLOS, GENOVEVA Y LUIS.

- LUIS. Ya estoy aquí: llego...
- MARCELO. Sí,  
llegas á buena ocasion.  
No te casas.
- LUIS. ¿Cómo qué?
- MARCELO. Porque eres menor de edad,  
y porque es mi voluntad  
que no te cases; y haré...

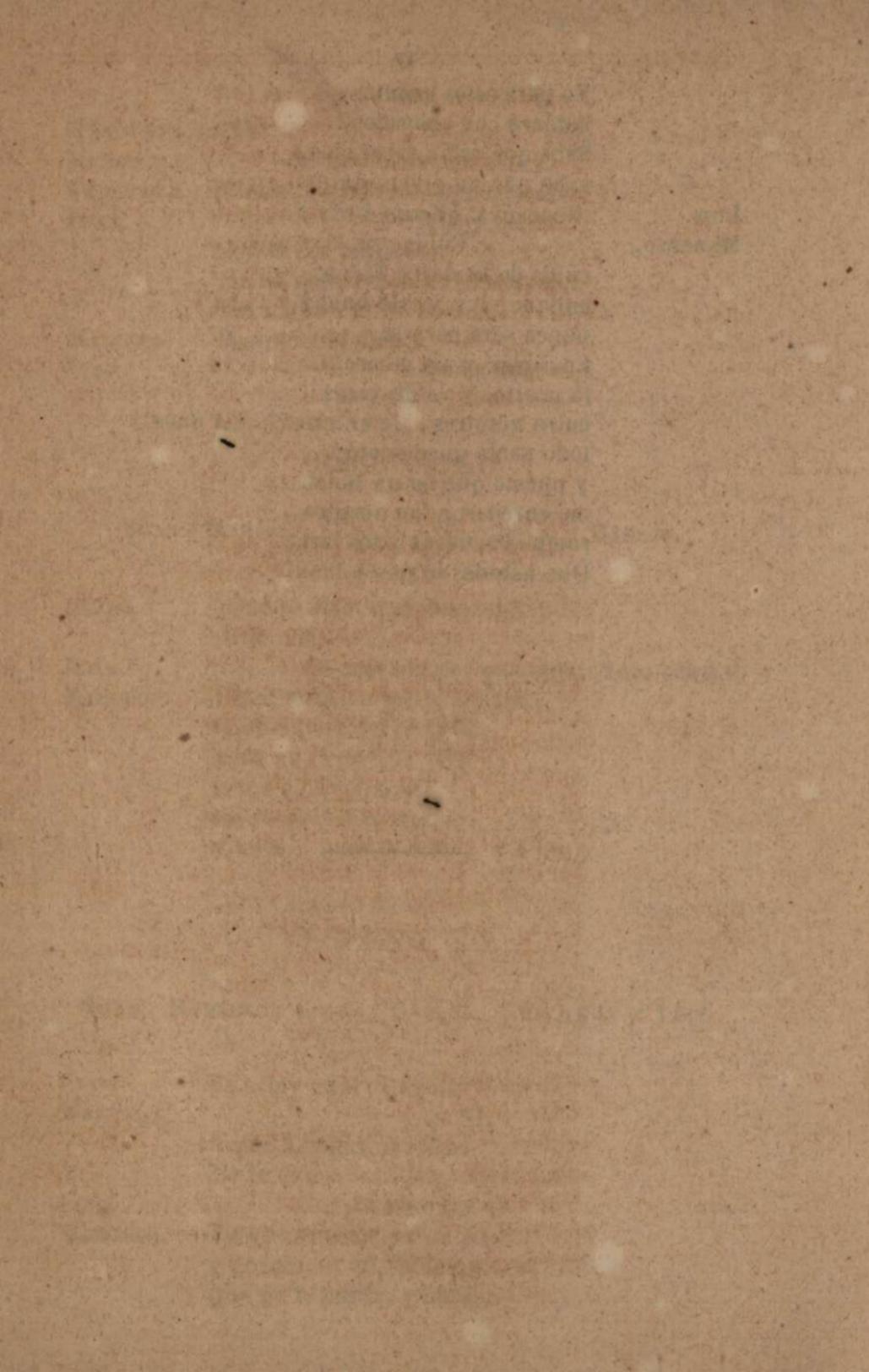
Yo para estos asuntos  
hablaré con abogados...  
Sabe que están separados,  
sabe que no viven juntos.  
¡Genoveva! (*Yendo á ella.*)

LUIS.

MARCELO.

Cuida, sí,  
cuida de tu dulce Elena;  
aunque viva y esté buena,  
nunca será para ti.  
Lo dicho: y sin alboroto,  
lo repito, y vá de veras:  
entre nosotros, ¿te enteras? (*A Juan.*)  
todo pacto queda roto;  
y puesto que en un Belen  
me enredaron tan amargo,  
rompo la cuerda y me largo.  
Que ustedes lo pasen bien.

---



---

---

## ACTO TERCERO.

La misma decoracion.

### ESCENA PRIMERA.

Luis.

Veremos qué tal el lance :  
á mi, yo no sé por qué  
figurándoseme está  
que le he de arrimar á él...  
Si: yo tengo mucha fuerza;  
y en cuanto que caiga en  
guardia, voy hácia delante  
sin descubrir mucho el pié,  
y zis... zas... le doy un corte ;  
y agarrando el sable bien...  
¡Qué empeñado estaba el hombre  
en que no queria hacer  
la cuestion mia! Mas yo,  
por lo pronto le aticé...  
y respondió, claro está,  
¿no habia de responder?  
¡Atreverse á dirijir  
amores de ese jaez  
á quien es de Genoveva  
la madre. Yo le diré...

Y si él me pega á mí, entonces  
 me curaré, y otra vez...  
 Genoveva me dá alientos  
 para lidiar y vencer.  
 ¡Genoveva, Genoveva,  
 bendigala Dios, amen!  
 Con aquella frente blanca,  
 y la boquita de miel,  
 y el mirar tan espresivo...  
 Vamos, soy capaz de hacer...  
 Aunque mi padre no quiera,  
 yo la quiero y la querré,  
 que al fin y al cabo yo soy  
 el que se casa, no él;  
 y si él no dá la licencia,  
 aunque muy mal visto esté,  
 me saco por el Vicario,  
 y me caso con la que  
 adoro; porque la adoro.  
 Si yo la pudiera ver;  
 si la viera, la diria  
 solo dos palabras: «Ven.  
 Si me amas cual yo te amo,  
 fuera de rubor y de  
 tonterías, y á casarnos.  
 Cuando seas mi mujer  
 puedes intentar la paz.»  
 Y estoy seguro de que...  
 Ella viene, soy feliz  
 desde la frente á los pies.

## ESCENA II.

GENOVEVA, LUIS.

GENOVEVA. ¿Aquí Luis?

LUIS.

Sí, Luis, el mismo,  
 que te ama y te adora, y que...

¿Tú me quieres?

GENOVEVA.

¿Si te quiero?

Mucho, muchísimo.

LUIS. Pues  
 ahora es necesario obrar  
 aunque se arme un somatén.  
 Mi padre, que es lo más terco  
 que crió el Dios de Israel,  
 se ha empeñado en que no se haga  
 nuestra boda. Es menester,  
 muy contra su voluntad,  
 que se verifique y que...  
 Que tu papá y tu mamá  
 no viven juntos, ¿y qué?  
 Que no vivan juntos; eso  
 no tiene nada que ver  
 con nosotros, que queremos  
 estar siempre juntos... pues;  
 pero hay un gobernador  
 en la provincia, y á fé  
 que le ha de poner las peras  
 á cuarto, á ver si él...  
 Tú vas á verle.

GENOVEVA.

¿Yo?

LUIS.

Sí.

Le dices: «Vengo á tener  
 con usia una entrevista  
 que necesaria me es.  
 Fulano de tal, mi nombre,  
 me ama desde mi niñez;  
 quiere casarse conmigo  
 por siempre jamás amen;  
 pero su padre le pone  
 siempre una cara de juez,  
 y dice siempre que no  
 le da su permiso. A ver,  
 determine usia pronto  
 que posesion se me dé  
 del don Fulano de tal...»  
 Y das mi nombre tambien.  
 Entonces él toma un coche,  
 por no conducirme á pié,

y me saca de mi casa  
 y me deposita en  
 una casa honrada; y luego  
 nos casamos... eso es:  
 y más que rabie mi padre  
 y se le lleve Luzbel;  
 y yo seré tu marido  
 y tú serás mi mujer.  
 ¿Te parece bien?

GENOVEVA. Si, si.

Pero eso de ir yo á él...  
 ¿Por qué se opondrá tu padre?  
 ¡Vaya que es mucha chochez!  
 Hace poco me encontraba  
 esposa digna de un rey,  
 y ahora...

LUIS. Hija, él es muy moral,

y como tus padres... pues,  
 temerá que el mal ejemplo  
 me contagiase tal vez...

GENOVEVA. Mis padres... cierto, mis padres...

Pero, ¡Dios mío! ¿por qué  
 están así? Al contrario,  
 podían vivir tan bien...  
 ¡Y teniendo una hija! Vamos,  
 yo no puedo comprender...

LUIS. Volveré á verte, bien mío;  
 volveré, si salgo bien.

GENOVEVA. ¿Si sales bien? ¡Cielo santo!

¿dónde te vas á meter?

LUIS. En ninguna parte, hija:  
 no te asustes; si no que...  
 Si no vengo, es que estoy malo.

Todo puede suceder...  
 No temas nada, bien mío;  
 tú ten buen ánimo y ten...  
 Ninguno me ha visto entrar:

abrió y se marchó Miguel  
 y yo entré; con eso evito  
 de ver á tu mamá y de...

Adios. (La hora del lance: *(Mirando el reloj.)*  
ahora veremos á ver.)

GENOVEVA. Adios, y que vuelvas.

LUIS. Sí:

de fijo que volveré,  
si no me lo impide el otro.

GENOVEVA. ¿El otro? ¿Qué otro; quién?

LUIS. Nadie. Adios, hermosa mia,  
y valor.

GENOVEVA. Dios me le dé.

### ESCENA III.

GENOVEVA.

Parece que está aturdido  
y que tiene un no sé qué...  
¡El pobre Luis es tan bueno!  
Voy á ser feliz con él.  
Pero ir al gobernador  
á presentarme, y tener  
que decirle: «Tengo amores,»  
me causa vergüenza y me...  
¿Qué necesidad habia  
de armar todo ese belen  
para casarnos? Ninguna.  
Su padre no quiere... pues,  
porque mis padres... ¡Dios miol  
¿Por qué están así, por qué?  
¿Ha habido falta ninguna  
para que motiven el?...  
Pues entonces, yo, Señor,  
no lo puedo comprender.  
Luego D. Marcelo... Vaya,  
que D. Marcelo tambien...  
un viejo más testarudo  
y más... ¡Dios miol no sé  
ni lo que debo pensar  
ni lo que debo de hacer.

## ESCENA IV.

GENOVEVA Y JUAN.

- JUAN. ¿Estás sola? ¿Y tú mamá?
- GENOVEVA. Estará por allá dentro.  
Cuando volví en mí, estaba  
á mi lado; pero luego  
se fué llorando.
- JUAN. ¿Llorando?  
(¿Habrá tenido algun vértigo  
de rabia?) ¿Conque lloraba?  
No hay motivo para ello.
- GENOVEVA. ¡Y que tú tengas valor,  
Jesus, para decir eso!  
Pues ¿y mi boda? mi boda,  
mi boda, que se ha deshecho,  
¿no es suficiente motivo?
- JUAN. Sí que es muy sensible, pero  
ya te consolarás.
- GENOVEVA. Nunca:  
le quiero con un afecto...  
mi vida es suya, porque  
yo mi vida se la debo.  
Ojalá no la debiera,  
ojalá me hubiera muerto  
sin conocer... sin saber...  
no sabiéndolo, á lo ménos  
es uno feliz; pero ahora...  
Mire usted que es mucho cuento.
- JUAN. Vamos, no llores y anda,  
avisa á mamá, que tengo  
que hablarla.
- GENOVEVA. Voy al instante.  
Pero, señor...
- JUAN. No hay más pero.
- GENOVEVA. ¿Por qué eres así?
- JUAN. ¿Yo?
- GENOVEVA. Si.

- ¿Por qué eres así... tan terco?  
Pudiendo ser tan feliz  
con mi marido, y pudiendo...
- JUAN. Hija, la culpa no es mía;  
la culpa es de D. Marcelo  
que no quiere...
- GENOVEVA. Es tuya.
- JUAN. ¿Cómo?
- ¿Cómo, por qué?
- GENOVEVA. Yo me entiendo.
- JUAN. Pues yo no. Avisa á mamá  
que tengo que hablarla; quiero  
saber... y enjuga esos ojos:  
esos ojos son muy bellos  
para llorar, hija mía;  
y si hubiera algun remedio,  
aun á costa de mi vida  
te lo diera.
- GENOVEVA. Voy corriendo.
- JUAN. ¿Sin abrazarme?
- GENOVEVA. ¿Lo ves? (*Abrazándole.*)  
Si sin querer eres bueno.

## ESCENA V.

JUAN.

¡Ay! ese abrazo, ese abrazo  
hace en mí un extraño efecto.  
¡Pobre muchacha! Ella es victima  
mía; pero qué remedio;  
D. Marcelo ya no quiere...  
y vaya usted á D. Marcelo  
á convencerle; él que es  
perfecto... plusquamperfecto.  
Ni cómo ni dónde hallarle,  
si se fué por esos cerros...  
¿Y mi mujer? ¿mi mujer  
pondría los ojos tiernos

á ese titere? Porque  
 para atreverse él á eso...  
 ¡Oh! yo lo averiguaré,  
 y siendo así, no hay remedio,  
 le rompo el alma. ¡Dios miol  
 tengo... no sé lo que tengo.  
 Iba ya todo tan bien,  
 y haberse todo deshecho  
 por ese trasto .. Esta carta (*Sacándola.*)  
 quema como plomo hirviendo.  
 ¿La habrá escrito por probar,  
 ó era que sabia el éxito?...  
 El es audaz, eso sí:  
 es muy audaz, y muy feo,  
 comparándose conmigo;  
 mas como yo estoy soltero...  
 como no vivo á su lado,  
 dirá ella:—Del mal el menos.—  
 «Su esposo de usted es un...»  
 ¿Qué demonio será esto?  
 Estos puntos suspensivos  
 me tienen á mi suspenso.  
 Yo veré con maña, hablándola  
 como quien no quiere, suelto  
 el nombre, y como se ponga  
 encarnada... ¡Santo cielo!  
 Estoy celoso; sí, sí;  
 debo estar lo más horrendo...  
 «Su esposo de usted es un...»  
 No puedo avenirme á esto.  
 Que á ella la requiebre, pase;  
 pero no inventar dicterios  
 contra mi, que al fin y al cabo...  
 Aquí está ya; preparémonos.  
 Como le quiera, ¡paf!  
 no hay más remision, le pego...

## ESCENA VI.

CLARA, JUAN.

- CLARA. Genoveva me anunció  
que usted hablarme queria.
- JUAN. ¿Yo? Si, señora: tenia  
que hablar á usted; porque yo...  
(Vamos... así... me entra un frio...)  
Ha dicho bien Genoveva;  
ese vestido que lleva  
es muy conocido mio.  
Fui por él al almacen,  
le midieron vara á vara...  
Hace á usted muy buena cara,  
¡oh! la sienta á usted muy bien.  
Esto no es decir que  
esté de belleza ajena;  
quien tiene una cara buena  
no necesita *glacé*.
- CLARA. Muchas gracias: á fé mia,  
no recordaba...
- JUAN. Yo sí:  
y está usted muy guapa y muy...
- CLARA. ¡Qué galante está hoy el dia!
- JUAN. ¡Oh! nada de eso: soy justo  
y á mí me hago la merced,  
porque al escojerla á usted,  
prueba que tuve buen gusto.  
Solo el génio...
- CLARA. No empecemos  
con el génio. ¡Esto es cruel!  
Déjelo usted, que por él  
ya separados nos vemos.  
Tengo el génio pronto... si...  
tambien el de usted es pronto;  
tambien... no se haga usted el tonto.
- JUAN. ¿Qué puede decir de mí?

- CLARA. Que no tiene usted espera,  
y porque tardaba un día  
la comida, y ya venia,  
me rompió usted la sopera.  
Su cólera, viento en popa,  
estragos hacia, y...
- JUAN. Hija, el mal fué para mí,  
que me quedé sin la sopa.  
¿Y usted? Porque el velo al pelo  
se enganchaba, sin tardanza,  
usted, no se anduvo en chanza,  
hizo pedazos el velo.  
No es justo que se me ultraje  
así; ¿se acuerda usted?
- CLARA. Si:  
lo hice, pero lo sentí.
- JUAN. Yo tambien: era de encaje.  
Pero la cuestion no es esa;  
esto es una digresion.
- CLARA. Pues bien: ¿cuál es la cuestion?
- JUAN. Vamos á lo que interesa.  
Yo tengo asuntos acá,  
para los que es menester...  
Vamos, yo no puedo ver  
el papel sellado y la...  
y mirar si está mejor  
la sentencia que el escrito...  
en fin, que yo necesito  
un... pues... un procurador.  
¿Sabe usted de alguno?
- CLARA. Si:  
y es muy leal, diligente,  
y sirve perfectamente...  
me está ahora sirviendo á mí.
- JUAN. (Esto vá malo.) ¿Con que  
es diligente?
- CLARA. Si, mucho:  
vaya si lo es...
- JUAN. (¡Qué escucho!)  
¿Conque ahora la sirve á usted?

- CLARA. Cárlos Ortega : no creo  
que se le olvide á usted.
- JUAN. ¿Yo?  
¿Es uno muy feo?...
- CLARA. No:  
no tiene nada de feo.  
Tiene , al contrario , un mirar  
de ojos , muy halagüeño;  
y es risueño , muy risueño...
- JUAN. (Vamos , le voy á matar.)
- CLARA. Y es muy galante ; bastante :  
siempre está de buen humor ;  
para ser procurador  
es un hombre muy galante.  
Mis negocios asegura  
muy bien , procediendo así ,  
y procurando por mí...
- JUAN. (Ya sé yo lo que procura.)
- CLARA. Mas ¿qué tiene usted? Está  
usted tan pálido...
- JUAN. Cierto.
- CLARA. Tan pálido como un muerto.
- JUAN. Pues yo no sé; será la...  
será la bilis : á fé  
que descubierta el busilis  
tengo muchísima bilis.
- CLARA. ¿Tiene usted bilis? ¿Por qué?
- JUAN. ¿Por qué? Por que es un error  
el tener una fé ciega...  
¿Conque don Cárlos Ortega  
no es muy feo?
- CLARA. No , señor.
- JUAN. Pues yo digo á usted que si ,  
aunque la sea simpático ;  
feo , tonto y antipático ,  
eso me parece á mi.  
¡Oh! descuide usted , que presto ,  
presto le andaré en el bulto...
- CLARA. ¡Usted le insulta!
- JUAN. Le insulto ;

si señora, le detesto.

CLARA. ¿Y por qué tan despiadado?

Yo ni siquiera sabia  
ni que usted le conocia.

JUAN. Le conozco demasiado.

¡Hola! ¡Eh! ¿Con que es galante?

¿galante? De eso se infiere...

¿No la ha dicho á usted que quiere  
ser su amante?

CLARA. ¿Ser mi amante?

¿Y para qué?

JUAN. Para estar

él muy bien... y para... para...

para que, en fin... Vamos, Clara,  
que voy á desatinar.

Escribió una carta...

CLARA. ¿A mí,

á mí una carta?

JUAN. Si tal:

en que pide muy formal...

aquí la tiene usted, aquí. (*Dándosela.*)

Diga usted si tengo harta

razon para querellarme:

él pretende desbancarme,

por eso juega esa carta.

CLARA. ¡Dios mio! Mirarme así (*Despues de haber leído.*)

insultada... no me avengo. .

JUAN. ¿Qué tiene usted?

CLARA. ¿Que qué tengo?

Tengo rábia, frenesi.

JUAN. De ahí resulta...

CLARA. Resulta

que aquí me veo insultada;

porque siendo yo casada,

quien me enamora me insulta.

Ni ¿qué derecho le di

de obra ó de palabra? Pues

¿cómo es? ¡oh! ¿cómo es

que se atreve á hablarme así?

JUAN. Muy bien; me gusta ese ardor,

porque de ese ardor sospecho  
 que no tenia derecho  
 de hacerla á usted el amor.  
 CLARA. ¿El? ¡Qué habia de tener!  
 ¿Podia llegar asi  
 hasta olvidarme de mi?  
 ¡Oh! soy yo mucha mujer.  
 ¿A las mujeres casadas  
 inquietando?... no se asombre,  
 ahora quisiera ser hombre  
 y darle de bofetadas.  
 Y ahora rompo este papel  
 en que me pinta su llama  
 y que me insulta y me infama;  
 le desprecio como á él. (*Rompe la carta.*)  
 Los cielos me son testigos  
 de que solo en él veia  
 un amigo...

JUAN. Es que, hija mia,  
 la mujer no tiene amigos.

CLARA. ¿Cómo pudo sorprender  
 usted esa carta?

JUAN. ¿Yo?  
 Don Marcelo me la dió:  
 estaba en el *necessaire*.  
 Con sus comas y sus puntos  
 se la leyó toda, y luego  
 le dijo el otro modrego  
 que no viviamos juntos.  
 Por eso armó la que armó,  
 deshizo la boda, y  
 se fué corriendo de aqui:  
 no sé dónde se marchó.

CLARA. No estar juntos... Si tuviera  
 usted otro génio...

JUAN. ¿Yo?  
 Si es usted la que...

CLARA. No, no.

JUAN. En fin, sea lo que quiera,  
 el hecho es que él se incomoda

con la boda, y Genoveva...  
Vamos á ver qué tal lleva  
no verificar su boda.

## ESCENA VII.

CLARA, JUAN, GENOVEVA.

GENOVEVA. Si estorbo me iré.

CLARA.

¿Tú aquí?

Ven aquí, ven: qué bobada,  
entre nosotros no hay nada  
reservado para ti.

Nada hay que cause sonrojos...  
mas tienes las manos cálidas,  
tienes las mejillas pálidas,  
ribeteados los ojos.

Hija, eso no es razon;  
si un novio te causa oprobio,  
ya encontrarás otro novio.

GENOVEVA.

Y ¿quién manda al corazon?  
¿Cómo he de mirar con calma  
este afan porque me muero?

Si con el alma le quiero,  
¿cómo arrojarle del alma?

Nadie aquí desaprobó.

este cariño al nacer,

tú le miraste crecer,

y tanto creció y creció

que el corazon me maltrata

y fatiga el pensamiento,

y, pobre de mí, aquí siento (*En el corazon.*)

que si se ausenta me mata.

JUAN.

Es su padre de opinion  
de que aquí no somos buenos,  
y quizás nos tiene en menos  
su padre.

GENOVEVA.

Y tiene razon.

JUAN.

¿Que tiene razon?

GENOVEVA.

Sí tal.

JUAN.

¿Tiene razon? No lo entiendo.

GENOVEVA.

¿No la ha de tener, viviendo por su lado cada cual?

Y si mi ventura empaña  
rompiendo este casamiento,  
yo, ¡pobre de mí! lo siento;  
lo siento, mas no me estraña;  
pues harto, aunque no me cuadre,  
sé que por medios prolijos  
deben heredar los hijos  
las desventuras del padre.

A los padres castigó

Dios, disponiéndolo así;

¿estais separados? sí;

y ¿sois venturosos? nó.

Tú dando á tu instinto rienda, (*A Clara.*)

en tu aislamiento profundo

marchas sola por el mundo

sin nadie que te defienda.

Si alguien se atreve á insultarte

ó administra mal tus bienes,

callarás, porque no tienes

un brazo donde apoyarte.

Tú malgastas el encono (*A Juan.*)

haciéndote mil reproches,

y pasas días y noches

maldiciendo tu abandono.

¡Oh! sí; ¿qué mayor pesar,

qué más pesar puede haber

¡Dios mio! que no tener

un seno dónde llorar?

Y ¿cuándo llegueis á viejos

y esteis enfermos, decir:

«quién me debia asistir,

está muy léjos, muy léjos?»

Eso es horrible ¿verdad?

hallarse uno cuando muera

soledad por dónde quiera

y siempre la soledad...

¡Oh! pero vosotros dos

teneis vuestro merecido,  
puesto que habeis desunido  
el lazo que juntó Dios.

JUAN. Hija mia... en conclusion,  
si tú en mi caso te vieras  
sobrada razon me dieras.

GENOVEVA. Nunca hay bastante razon.  
¿Ha echado sobre tu honor  
infame borron quizás?

JUAN. Pues no me faltaba más.

GENOVEVA. ¿Te maltrata?

JUAN. No señor.

GENOVEVA. Y tú que tanto desden (*A Clara.*)  
estás demostrando ahí,  
¿es fiel?

CLARA. Yo... creo que sí.

GENOVEVA. ¿Administra mal?

CLARA. Muy bien.

GENOVEVA. Soltando vuestros instintos,  
os causais mil padeceres,  
porque vuestros carácteres  
sean un poco distintos;  
y os llegais á amontonar  
y separados os veis,  
sin reparar que teneis  
una hija á quien educar:  
una hija de los dos,  
una hija que os quiere tanto,  
con un amor puro y santo,  
primero, despues de Dios.  
¡Ay pobrecita! Que asi  
aunque el dolor la taladre...

JUAN. Hija...

GENOVEVA. Yo no tengo padre (*Rechazándole.*)  
ni tengo madre, ¡ay de mí!  
Cuánto á Dios en boca traje  
cuando á mis solas rezaba  
por mi padre que viajaba...  
No tenia mal viaje.  
Y pidiendo á Dios, así,

exclamaba en mi dolor:  
 «¡Que le vuelva á ver, Señor!»  
 y estaba cerca de mí,  
 en la misma poblacion;  
 sin venir á darme un beso  
 estando tan cerca... eso  
 es tener mal corazon.

JUAN.

Hija...

GENOVEVA.

Déjame.

JUAN.

Es que... ¡oh!

¿no me quieres?

GENOVEVA.

Claro está:

no queriendo á mi mamá,  
 ¿cómo he de quererte yo?

CLARA.

Hija, haces que se taladre  
 mi alma.

GENOVEVA.

Sola me estoy viendo;

y padre y madre teniendo,  
 no tengo padre ni madre.

Y si por vuestro deslíz  
 mi desdicha se reporta,  
 al fin y al cabo, ¿qué importa  
 el que yo sea infeliz?

¿Qué importa que yo me muera  
 á mi padre? A la verdad;  
 igual que mi enfermedad,  
 que ni pareció siquiera.

JUAN.

Hija, si hubiera sabido  
 que tú estabas mala, yo...

GENOVEVA.

¿Hubieras ido allá? No.

¿No te encuentras desunido?

Pues sigue, sigue, señor;  
 á la larga ó á la corta  
 que tu hija... poco importa  
 que se muera de dolor.

¡Oh! lucho y me desespero  
 y con harta razon lloro;  
 siempre juntos, os adoro;  
 no estándo juntos, no os quiero.

JUAN.

Hija... Clara, ya lo ves,

se ha empeñado... pero tú...  
tu génio...

CLARA. Por Belcebú,  
es el tuyo.

JUAN. No lo es.  
En fin ¿quieres... (Me dá empacho.)  
que vivamos desde hoy  
unidos por siempre?... (Estoy  
temblando como un muchacho.)

CLARA. ¡Juan! (Condenado teson  
que me dá vergüenza y...)

JUAN. En fin, ¿me quieres?

CLARA. Si; si:  
con todo mi corazon.

JUAN. Fuerza es que el rubor se venza,  
(Es guapa.) y hechas las paces... (Abrazándola.)

CLARA. (Y es buen mozo ) No me abrasces,  
que me dá mucha vergüenza...

GENOVEVA. ¿Por qué? Esos son escesos  
que son disculpables. ¡Ah!  
qué contenta estoy, mamá;  
ven, dame un millon de besos.

JUAN. Al fin de los años mil,  
cuando piensa que se aleja,  
al redil vuelve la oveja,  
vuelve la oveja al redil.

### ESCENA VIII.

CLARA, JUAN, GENOVEVA, D. MARCELO.

MARCELO. Mi equipaje, mi equipaje;  
quiero mi equipaje pronto,  
para marcharme de aquí  
aunque sea al fin del globo.  
¿Dónde está? Démele usted.  
Traje á prevencion un mozo...  
Voy á una casa de huéspedes,  
aunque he de estar aquí poco,

y quiero mudarme... pues  
sudando estoy como un pollo,  
porque he dado un gran paseo  
cavilando en mis negocios.

JUAN.

MARCELO.

¿A dónde fuiste?

Al Retiro:

me puse á hablar con el oso...  
y al contarle mis desdichas  
exhaló un gruñido ronco...  
Venga mi equipaje.

JUAN.

No

te le doy por todo el oro  
del mundo. ¿Quieres marcharte  
y dejarnos aquí solos,  
tú, que fuiste un testigo  
cuando nuestros desposorios?  
Ahora, que hacemos las paces  
y que estamos juntos....

MARCELO.

¿Cómo?

JUAN.

Estando juntos; estando  
otra vez como dos tórtolos.

GENOVEVA.

Que por no verme llorar  
se unen y es buen matrimonio.

MARCELO.

¿No me engaÑais? ¿Es de veras?

A ver: un abrazo, otro. (*Examinándolos.*)  
Es de veras.

JUAN.

Y nos vamos

á Sacedon. Yo supongo  
que la administracion...

MARCELO.

Sí.

es tuya, tuya.

JUAN.

¡Qué gozo!

Y ahora Genoveva y Luis  
se casarán, ¡qué demonio!  
yo soy buen marido, y quiero  
contemplar á muchos otros.

MARCELO.

Estando unidos, corriente.

JUAN.

¿No te opones?

MARCELO.

No me opongo.

Si me oponia era por

el mal ejemplo; de modo...  
 Y me encontraba muy mal,  
 es decir, me hallaba solo...  
 Ahora no: ahora tendré nietos...  
 parece que me remozo.  
 Os vendreis á Sacedon,  
 nos acomodamos todos...  
 mas, como la casa es chica,  
 solo tengo un dormitorio  
 que ofreceros. ¿Aceptais?  
 Me conformo.

JUAN.

CLARA.

MARCELO.

Me conformo.  
 ¿Y el tunante de mi hijo?  
 ¿dónde estará ese galopo?  
 Le mandé que no pusiera  
 aquí más los pies, y el tonto  
 me habrá obedecido.

GENOVEVA.

Cá:  
 si ha estado aqui hace muy poco.  
 Estaba muy agitado,  
 se le saltaban los ojos...  
 Aquí está.

## ESCENA IX.

CLARA, JUAN, MARCELO, GENOVEVA Y LUIS.

MARCELO.

Ven acá, Luis.

¿Cómo estás aqui?

LUIS.

¿Yo?...

MARCELO.

Pronto.

LUIS.

Yo vengo aqui, porque quiero  
 á Genoveva: esto es;  
 y á pesar de todo el mundo  
 y mas que no quiera usted,  
 yo seré al fin su marido  
 y ella será mi mujer.

- MARCELO. ¿Tanto la quieres?
- LUIS. Muchísimo:  
es mi existencia, es mi bien.
- MARCELO. ¿Si? Pues cástate con ella;  
en nada me opongo.
- LUIS. ¿Qué?
- GENOVEVA. Que se han unido mis padres,  
y quiere el tuyo también  
que nosotros nos unamos.
- LUIS. ¿Se han unido?
- JUAN. Ya se vé,  
volvió la oveja al redil;  
nuestra hija ha tenido el  
talento de reunirnos  
por siempre jamás, amen.  
Pese á D. Carlos Ortega.
- LUIS.
- JUAN. ¡Oh! ¡D. Carlos! Ese es  
un pícaro... me olvidaba:  
ahora le voy á romper...  
Está en cama.
- LUIS.
- JUAN. ¿Que está en cama?  
¿cómo?
- LUIS. Me batí con él.
- GENOVEVA. Por eso estaba agitado...  
Pero, señor, ¿y por qué?
- LUIS. Porque queria el bribon  
que tu mamá fuese... pues.  
Ha sido á sable, sin punta.  
¡Caramba! y tira muy bien,  
muy fuerte; mas felizmente  
yo paré y le di un revés  
en el codo, que tendrá  
para quince ó diez y seis  
dias de cama, y el brazo  
sin que le pueda mover.
- MARCELO. Ea, pues, ya estás vengado,  
ya nada te altera, pues  
que se casen los muchachos  
y á Sacedon os vendreis:  
y en calma, lo afirmo yo,

pues ya la crisis pasó,  
vivireis bien de seguro  
sin disputar lo que un duro  
duró.

Allí vivireis muy bien,  
del mundo haciendo un Eden  
y siguiendo mi dictámen,  
para que todos os amen,  
amen.

---

### RECTIFICACION.

---

*Página 23, línea 2.<sup>a</sup>, dice: buen temperamento y buen...  
léase: buen temperamento y él...*

---

### APROBACION.

---

Habiendo examinado esta comedia, en virtud' de real órden de 6 del actual, no hallo inconveniente en que se autorice su representacion.

Madrid 13 de marzo de 1865.—FERNANDO MARTINEZ  
PEDROSA.